



Universidad Nacional de Educación
Enrique Guzmán y Valle
Alma Máter del Magisterio Nacional

CULTURA PARA LA PAZ

Lima, agosto de 2018

*“No hay caminos para la paz,
la paz es el camino”*

Dr. Euménides Valqui Zuta

Lima, Perú

CULTURA PARA LA PAZ

AUTOR:

Dr. Euménides Valqui Zuta

Teléfono: 974151739

Dr. Luis A. Rodríguez De los Ríos

Rector de la Universidad Nacional de Educación
Enrique Guzmán y Valle.

Dr. Segundo Emilio Rojas Sáenz

Vicerrector Académico de la Universidad Nacional
de Educación Enrique Guzmán y Valle.

Dr. Máximo Hernán Cordero Ayala

Vicerrector de Investigación de la Universidad Nacional
de Educación Enrique Guzmán y Valle.

Lima - Perú

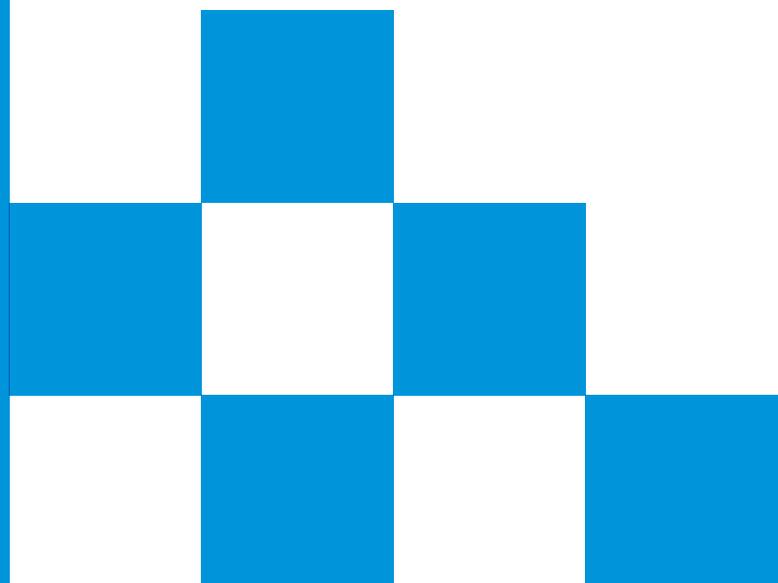


Tabla de contenido

1.	Paz y cultura	1
	1.1. Paz	1
	1.2. Cultura	7
2.	Cultura para la paz	13
	Conclusiones	18
	Referencias bibliográficas	19
	Información de contacto	20



PAZ

PAZ

PAZ

PAZ

PAZ

PAZ

“¿Cultura para la paz? o ¿Culturas para las paces?”

Hay diversas formas de hacernos las paces.”

1. PAZ Y CULTURA

1.1. PAZ

La palabra paz deriva del latín *pax*, y el significado de este vocablo es lo que en gran medida hemos heredado de los antiguos romanos; así la «*pax romana* se utilizó para definir la paz entre todos los ciudadanos romanos, a través de la cual se alcanza el máximo nivel de orden y seguridad (*securitas*)» (Muñoz, 2004: 884). Se entiende que originalmente esta connotación de la paz no solamente era para un grupo de personas: los ciudadanos de Roma; sino que implicaba una ausencia de acciones bélicas que dieran seguridad dentro de las fronteras del Imperio Romano.

En los tiempos modernos y con el advenimiento de los estudios para la paz, el concepto paz, fue abordado de manera más amplia. En 1969 Johan Galtung, introduce los conceptos de «paz negativa (no guerra) y paz positiva (no violencia estructural)» (Fisas, 2001: 21). La paz negativa se entiende como la ausencia de guerra y paz positiva como ausencia de violencia estructural, entendida, según Galtung (2003, 69-70), como aquella que proviene de las propias estructuras sociales traducidas en explotación y represión a las personas y a las estructuras sociales y mundiales. Posteriormente el mismo Galtung, enriquece los conceptos de paz negativa, «paz negativa es la ausencia de cualquier tipo de violencia» (Galtung, 2003: 58), que en términos del mismo autor sería equivalente a la ausencia de sufrimiento e intranquilidad; y por otra parte, la paz positiva sería la intensificación de la vida, una fuerza vital que eleve a los seres humanos a formas más dignas de vivir, «un conjunto de estados de felicidad, de potenciación de la vida» (Galtung, 2003: 55). De esta manera la paz nos capacita, además de intensificar nuestras relaciones vía la concordia, como seres humanos para alcanzar el bien y ser felices.

La paz nos permite reconocernos como humanos. Efectivamente, la socialización, el aprendizaje, la colectivización, la acción de compartir, la asociación, la cooperación, el altruismo, etc., son factores que están en el origen de la especie. Estas cualidades son determinantes en el nacimiento y «éxito» de los homínidos y posteriormente de los actuales humanos (*homo sapiens sapiens*). De lo cual se deduce que, contrariamente a lo que pensamos en muchas ocasiones, es la *paz* la que nos hace temer, huir, definir e identificar la violencia, y no al revés. (Muñoz, 2004: 885).

Por lo tanto, la paz nos sirve para definir diversos estados en los cuales gestionamos y transformamos los conflictos de manera creativa y de este modo buscamos satisfacer, con el máximo posible, nuestras necesidades con vías al bienestar. Pero no solamente eso, también la paz es garantía de vida de los seres humanos, de todas las otras formas de vida y por extensión de nuestro planeta.

Entendida de este modo, la paz se construye sobre la base de un conjunto complejo de interrelaciones para lograr estados de convivencia armónica consigo mismo, entre los seres humanos y entre éstos y la naturaleza que los rodea. En definitiva, el ámbito de la paz es muy amplio va desde nuestro universo interior hasta el macro universo exterior y busca siempre una comunión íntima que garantice aquello que conocemos como existencia. Este campo amplio que abarca la paz, resaltado por Fisas (2001: 22), es lo que se conoce como paz holística-Gaia, que involucra a los estados de paz personales, familiares, sociales y se expande al ámbito global, se resalta las relaciones entre los seres humanos con el medioambiente o sistema natural; además incluye los aspectos espirituales de los seres humanos.

Pero hasta aquí no se ha abordado a una definición consensuada de la paz, y es que no es posible. «El valor esencial, la paz, tiene que estar bien definido, pero no demasiado bien definido» Galtung (2003: 38), parece una

contradicción a simple vista, pero no es así. Siguiendo la opinión de Galtung, la paz es como un faro que guía nuestras acciones y debemos trabajar y mucho para ser suficientemente precisos a un caso determinado y catalogarlo en términos de carencia o abundancia de paz, pero hacer esto es hablar de diversas gradaciones de la paz; y es que esto es lo real, nuestro mundo y nuestras interrelaciones en él, son diversas, por lo tanto, estamos ante una constelación de vivencias de paz, las *paces* que nos habla Martínez Guzmán. «Así nuestra propuesta de filosofía para hacer las paces será además de interdisciplinar, *intercultural*: sometida a la interpelación entre las diferentes culturas [...]» (Martínez Guzmán, 2005: 28-29). Es la diversidad la que guía el significado de la paz, por ello no puede existir un concepto cerrado de ella.

La diversidad existente en el mundo, sea en culturas, religiones o facilidades/dificultades de supervivencia, nos invita a no cerrarnos en una concepción estrecha o única de paz, de la misma forma que nos obliga a ensanchar nuestra visión sobre las causas de la violencia y los conflictos (Fisas, 2001: 23).

Por lo tanto la paz implica un proceso dinámico, complejo y global, «es uno de los valores máximos de la existencia humana» (Jares, 1999: 107), presente en los diferentes niveles de la existencia, desde lo individual y social hasta lo mundial y el universo entero; y hace referencia no solo a la ausencia de dolor y sufrimiento, sino también se remite a las condiciones suficientes que posibiliten una vida y existencia armónica y feliz de todos los seres vivos y de la naturaleza en su conjunto.

Ahora merece abordar las facetas o ámbitos de expresión en las cuales el ser humano experimenta la paz, a estas facetas o espacios de vivencias, en opinión de Fernández Herrería, se le conoce como dimensiones de la paz. La paz, como experiencia humana, está conformada por «tres dimensiones distinguibles, pero no separables de una concepción integral de la paz»

(Fernández Herrería, 2004: 919): la dimensión interna, intrapersonal o paz interna; la dimensión social o interpersonal y la dimensión natural o ecológica de la paz.

La dimensión intrapersonal o paz interna, por la cual nos sentimos automotivados a satisfacer nuestras necesidades en el ámbito de la autorrealización de amor, respeto, autoestima, etc., es la paz del hombre consigo mismo. Esta paz se funda en «un nivel profundo de la naturaleza humana que se desvela más allá del yo socialmente configurado trascendiendo los límites habituales de la propia identidad y experiencia de nuestra cultura occidental volcada más hacia lo externo» (Fernández Herrería, 2004: 903). De esta manera el autor deja en claro que la cultura occidental básicamente ha desarrollado un concepto de paz en su dimensión social, en su manifestación externa del ser humano, lo cual lleva al error de separar lo externo de lo interno. «Frente a la postura de separación decimos que el mundo, la sociedad es lo que nosotros somos; la relación de cada uno con las personas, las ideas, las cosas y la naturaleza se proyecta y esa proyección y cristalización es el mundo» (Fernández Herrería, 2004: 903). Por tanto, los problemas del ser humano, en tanto individuo, son los problemas de la sociedad y del planeta. La paz interna no queda aislada y encarcelada dentro de nosotros mismos, enclaustrada en nuestro *propio yo*, no se reduce a vernos como egos aislados, sino que posibilita abrirnos a convivir mejor con nuestros semejantes y con el medio que nos rodea. La vivencia de la paz interna implica un viaje a nuestro interior y mirarnos sinceramente en el espejo de nuestra conciencia, alegrándonos con nuestras bondades, pero también aceptando nuestros defectos para superarlos, no de modo aislado sino en nuestras relaciones mismas con nuestros semejantes y con la naturaleza fuente de vida. Es posible trascender

hacia los demás, si profundizamos suficientemente en nuestra identidad más profunda.

La mística como experiencia espiritual trascendente, es decir, entendida como el estado de conciencia en el que el hombre se despoja de su yoidad para entrar en contacto con la totalidad no es patrimonio de algunos seres dotados de poderes extraordinarios, sino la vocación común del hombre, porque es el único estado en el que éste supera todas las barreras que le separan del mundo, de los demás y de lo absoluto (López López y Fernández Herrería, 1996: 51).

Significa entonces que la realización y bienestar personal está estrechamente vinculada al bienestar de la sociedad y del planeta. Además, la concepción intrapersonal de la paz mueve a un diálogo cultural, porque si la cultura occidental aporta la concepción externa y social de la paz, la paz interna es el aporte de «las metodologías de las tradiciones culturales orientales y en general de las grandes tradiciones espirituales» (Fernández Herrería, 2004: 906).

La dimensión social de la paz, es el gran aporte de occidente, se refiere a las experiencias pacíficas entre los seres humanos, entre los pueblos, entre las sociedades. «Desde esta dimensión la paz debería ser un proceso basado en el desarrollo humano sostenible de los individuos y de los pueblos [...]» (Fernández Herrería, 2004: 919), garantizando la democracia, el desarrollo y el respeto de todos los derechos humanos y las libertades fundamentales, las cuales son interdependientes, se refuerzan entre sí y no quedan limitadas las posibilidades para satisfacer las necesidades y los derechos de las futuras generaciones. Pero para esto, es necesario que las relaciones pacíficas interpersonales estén ligadas a la paz interna de cada individuo y a la naturaleza, lo cual explica el carácter indisoluble de las tres dimensiones.

La dimensión ecológica o natural de la paz está referida a la armonía, al equilibrio y comunión con la naturaleza. Si recordamos las implicancias de la trascendencia de la paz interna, queda claro que cada uno somos el mundo y el mundo somos, no somos fragmentos aislados, lo que sucede es que la «epistemología antiecológica de la racionalidad clásica basada en el aislamiento y la fragmentación ha tenido múltiples reflejos en todos los aspectos de nuestra cultura conduciendo a la fragmentación de la sociedad y de nuestras vidas» (Fernández Herrería, 2004: 895). Al respecto Vandana Shiva (1998), haciendo alusión a los desatinados métodos de la ciencia occidental y a las características del llamado desarrollo, dice: «La fragmentación y la uniformidad como supuestas categorías del progreso y el desarrollo destruyen las fuerzas vivas que brotan de las relaciones que se establecen dentro de la tela de la vida» (Shiva, 1998: 32), rompiendo de este modo las múltiples relaciones de armonía que se establecen en la naturaleza. Hace mucha falta cambiar de actitud, cambiar nuestra situación de depredadores y adoptar relaciones más simbióticas y recíprocas con la naturaleza. Esto nos llevaría a «consensuar un “código de conducta universal”, una ética global [...], definida como una ética de corresponsabilidad planetaria que tenga en cuenta los efectos de cuanto hacemos, para nosotros y para las futuras generaciones» (Fisas, 2001: 330).

En conclusión, vemos que no es posible separar las tres dimensiones de expresión de la paz en los seres humanos; ello garantiza una paz global y holística; no es posible un desarrollo humano sostenible para todos los seres humanos si no se respeta en igualdad de condiciones la vida y los derechos de la naturaleza.

RESUMEN DE LAS TRES DIMENSIONES HUMANAS DE LA PAZ

DIMENSIONES DE LA PAZ	
Paz intrapersonal	Personal o paz interna puede expandirse a paz transpersonal
Paz interpersonal	Social o paz social
Paz ecológica	Paz Gaia

1.2. CULTURA

Los seres humanos somos criaturas sociales y como tales nuestro estilo de vida sólo puede ser posible en el seno de una determinada sociedad y nunca podemos prescindir de ella. En la vida social, constantemente tenemos experiencias de aprendizaje «parcialmente consciente y parcialmente inconsciente a través de la cual la generación de más edad incita, induce y obliga a la generación más joven a adoptar los modos de pensar y de comportarse tradicionales» (Harris, 2006: 21). De esta suerte se heredan pensamientos en tanto conocimientos, pautas conductuales, estilos de vida, destrezas, que, si bien no se comportan como fieles réplicas, sin embargo, constituyen gran parte del bagaje que guía nuestro modo de ser y de actuar en la sociedad. A todo este conjunto de saberes que heredamos de las generaciones mayores se conoce como cultura. Es decir, y conforme a Martínez Guzmán (2001, 259), el término cultura, hace referencia a nuestra capacidad de acumular experiencias y transmitir las a las generaciones más jóvenes. «Se aprende y se transmite cultural y no genéticamente» (Martínez Guzmán, 2001: 259).

El uso de la palabra cultura ha variado a través de los siglos. Haciendo uso de la etimología, *cultura* proviene de la palabra latina *cultivo*; de allí que la palabra cultura significaba inicialmente *cultivo de la tierra*, luego, por extensión metafóricamente, *cultivo de las especies humanas*. Está relación del

concepto de cultura y cultivo lo explica Martínez Guzmán (2001: 256), como la disposición de los seres humanos de cuidar y cultivar la tierra y las plantas para que éstas se desarrollen y fructifiquen. Pero el caso es que no existe una sola manera de cultivar las plantas, porque variadas son las especies que sirven a los seres humanos; unas plantas proporcionan alimento, otras cobijo, otras dan combustible, otras son fuente de medicinas, etc. entonces, también son variadas las maneras de cultivar, diversas las formas de cuidar y cultivar la vida. Este razonamiento llevado al actual significado de cultura, pone de manifiesto la amplitud de la misma.

De modo que, cada pueblo tiene una propia cultura, porque en ella se expresa un aspecto de la humanidad, en este sentido se dan particularidades, lo cual supone que cada cultura es particular e irrepetible. Entonces hablamos de culturas y no de cultura, como un universalismo cerrado. «La cultura, las culturas, son las formas en que los seres humanos cultivamos nuestras relaciones entre nosotros mismos y el medio ambiente» (Martínez Guzmán, 2001: 256).

Hay que señalar que cuando se estudian los hechos sociales, por ejemplo, la ecología o la educación, se toman esos aspectos en forma parcial, aunque en la realidad están estrechamente relacionados. Esto ocurre por la imposibilidad del pensamiento humano abarcarlo en su compleja red de interrelaciones. No hay práctica social que esté desvinculada de las restantes, formando un todo complejo y heterogéneo de recíprocas influencias. Así, no puede explicarse cabalmente la historia de la ecología o de la educación, si no se hace referencia a la historia económica, a la política, a las costumbres, la moral, las creencias, etc., de la época.

El sentido del concepto de cultura es muy amplio, porque la cultura abarca el conjunto de las producciones materiales: herramientas, objetos, utensilios y no materiales: significados, normas, creencias, narraciones,

discursos y valores de una sociedad. Así nos lo recuerda Mosterín, desde la perspectiva antropológica:

Cuando los antropólogos describen las culturas de los pueblos que estudian, se refieren tanto a sus técnicas agrícolas, artesanales y de transporte, a la construcción de sus casas y a la fabricación de sus armas, como a sus formas de organización social, sus tradiciones indumentarias, sus creencias religiosas, sus códigos morales, sus formas de parentesco convencional, y costumbres, fiestas y pasatiempos (Mosterín, 2006: 230).

Entonces podemos decir que toda sociedad tiene cultura, y toda cultura es puesta en práctica, por las personas que se interrelacionan. Toda cultura se manifiesta en una sociedad por lo cual vale decir que sociedad es a cultura, a manera de las dos caras de una misma moneda.

La definición anterior aún carece de la carga de conocimientos que se transmiten de una generación a otra, es decir que la noción de cultura también «abarca todas las actividades, procedimientos, valores e ideas transmitidas por aprendizaje social y no por herencia genética» (Mosterín, 2006: 231). Esto concuerda con la opinión de Martínez Guzmán (2001), que anteriormente cité, en el sentido de que nuestro aprendizaje y las relaciones sobre nosotros y el mundo está sujeto y depende en gran medida de la cultura transmitida cuando no a la herencia genética. Por lo tanto, las definiciones antropológica y biológica de la cultura, resaltan el carácter social adquirido, lo cual se opone a lo innato o congénito. En general, hoy se concibe a la cultura como el conjunto total de actos humanos en una comunidad dada, ya sean éstos prácticas económicas, artísticas, científicas o cualesquiera otras que inclusive manifieste un carácter inmaterial. Toda práctica humana que supere la naturaleza biológica es una práctica cultural. Este sentido de la palabra cultura implica una concepción mucho más respetuosa de los seres humanos. Primero, impide la

discriminación y diferenciación entre *hombres cultos* y *hombres incultos*, porque todos los seres humanos somos capaces de crear cultura y de hecho lo hacemos de acuerdo a nuestro contexto temporal y espacial. Se hablará de diferentes culturas, en todo caso, sin que ninguna se proclame superior a otra, que en palabras de Martínez Guzmán (2001: 256-259), la cultura está relacionada con la responsabilidad, e implica el cuidado y cultivo de nuestras relaciones. Segundo, también evita la discriminación de pueblos que, como los nativos de América, fueron vistos por los europeos como *salvajes y bárbaros* por el solo hecho de tener un estilo de vida diferente al suyo, en suma: *una cultura distinta*,

Entonces, el uso actual del término cultura designa al conjunto total de las prácticas humanas, de modo que incluye las prácticas: educativas, económicas, políticas, científico-tecnológicas, jurídicas, religiosas, discursivas, comunicativas, sociales, etc.

La cultura no es algo que se tiene y puede ser apropiable -como generalmente se dice-, sino que es una producción colectiva y esa producción es un universo de conocimientos y prácticas, ese universo de conocimientos y prácticas, está en constante modificación o dinamismo y son transmitidos a través de las generaciones. «*Cultura* es el conjunto aprendido de tradiciones y estilos de vida, socialmente adquiridos, de los miembros de una sociedad, incluyendo sus modos pautados y repetitivos de pensar, sentir y actuar (es decir, su conducta)» (Harris, 2006: 20-21).

En este sentido la educación como medio de transmisión de una determinada cultura, juega un papel preponderante en el modo de pensar, sentir y actuar de los individuos. Sabemos que la cultura de una determinada sociedad, tiende a ser semejante en muchos y variados aspectos entre una generación a otra, esto es posible, en líneas generales, a las experiencias

educativas que tiene tal sociedad. Pero también debemos recordar que debido a la realidad cambiante de las sociedades, la cultura, de modo semejante sufre tales metamorfosis; por lo tanto las culturas no son mecanismos y/o acciones que preservan la uniformidad de una determinada realidad; es decir, –la cultura– no es un fenómeno de autorregulación que conduce al mantenimiento de la constancia de un tipo exclusivo de manifestación cultural.

Esa imagen de cultura difiere radicalmente de la opinión común que clasifica a la cultura entre los mecanismos homeostáticos que preservan la realidad monótona de la realidad social, mecanismos destinados a la protección y continuación de su uniformidad a lo largo del tiempo (Bauman, 2006: 78).

Por lo tanto y tal como he mencionado anteriormente, dada la estrecha relación entre sociedad y cultura, ésta última no puede evadir a la cambiante y dinámica sociedad moderna; luego entonces la cultura resulta *indisciplinada*, por decirlo en términos de Bauman (2006), y difícil de ser controlada en un mundo que cada vez resulta menos impredecible, por la naturaleza de *fluidéz* que caracteriza a las sociedades; la *sociedad líquida* que llama Bauman (2006), en esta sociedad moderna líquida todos los productos culturales, toda forma de cultura siguen un derrotero efímero y perecible; bajo la acción catalizadora de la sociedad de consumo, las manifestaciones culturales se descomponen rápidamente y adquieren matices y colores del momento, la cultura por lo tanto, hoy tiene un sello de *caducidad*.

La sociedad «moderna líquida» es aquella en que las condiciones de actuación de sus miembros cambian antes de que las formas de actuar se consoliden en unos hábitos y en una rutina determinadas. La liquidez de la vida y de la sociedad se alimentan y se refuerzan mutuamente. La vida líquida, como la sociedad moderna líquida, no puede mantener su forma ni su rumbo durante mucho tiempo (Bauman, 2006: 10).

Entonces la cultura, dado el cambiante estado de la sociedad, también va transformándose, de tal modo que hoy no existe una cultura pura, que trascienda impasible al tiempo, sino que «todas las sociedades se tornan cada vez más multiculturales y a la vez se vuelven más porosas» (Taylor, 2003: 93), más abiertas a los procesos migratorios y de encuentros culturales. Para nadie hoy es extraño que las fronteras no existan, todos somos emigrantes en alguna manera. La cultura moderna ya «no se concibe a sí misma como una cultura de aprendizaje y acumulación [...]. Ahora aparece, más bien, una *cultura de desvinculación, discontinuidad y olvido*» (Bauman, 2006: 85). Vivimos en una especie de culturas híbridas y en constante mutación, donde merece preguntarnos: ¿Quiénes soy?

2. CULTURA PARA LA PAZ

Antes de tratar de conceptualizar la cultura para la paz, merece recordar las características fundamentales de los términos paz y cultura. Con los aportes de Martínez Guzmán (2001), Muñoz (2004) y, Muñoz y López Martínez (2004), precisamos que hay diversas formas de hacernos las paces, pero en experiencias no terminadas o acabadas; además siguiendo las contribuciones, en especial de Taylor (2003), Bauman (2006) y Martínez Guzmán (2005), no concebimos un solo tipo de cultura para un lugar determinado, sino de una convergencia y mixtura de culturas.

En el marco de estas reflexiones que intentan afrontar el miedo a la diversidad con medios pacíficos hablamos de muchas diferentes maneras de hacer las paces. Tantas como formas de cuidado y cultivo, esto es, de culturas, tenemos los seres humanos para organizar nuestras relaciones entre nosotros mismos, y entre nosotros y la naturaleza (Martínez Guzmán, 2005: 39).

El corolario de todo esto es que no podemos concebir, en el mundo actual, una cultura para la paz, o «*cultura de paz*» (Galtung, 2003: 261), como alternativa a la violencia cultural; sino culturas para hacer las paces. Es en este sentido que abordó a la *cultura para la paz*, en el presente artículo.

En el preámbulo de la constitución de la UNESCO ha quedado explícito que: «si las guerras nacen en la mente de los hombres, es en la mente de los hombres donde deben erigirse los baluartes de la paz» (Fisas, 2001: 345), se acepta entonces, que así como hemos inventado una cultura o culturas de la violencia, también podemos ser capaces de inventar, construir y desarrollar la paz; podemos encontrar otras maneras de convivir desde la diversidad y diferencia de saberes y culturas de nuestro mundo.

El *Manifiesto de Sevilla* (1986) sobre la violencia, es enfático en reconocer que la violencia no tiene un fundamento biológico o es herencia genética, tampoco la propensión a la violencia y/o guerra es instintiva, sino que son comportamientos aprendidos, son culturales. La Biología no condena a la humanidad a la guerra, ésta es una conducta aprendida, es un producto cultural, entonces, también podemos aprender a convivir y crear más espacios de paz porque además es nuestra naturaleza, lo real es convivir armónicamente, en solidaridad, sin cuyo concurso la humanidad habría desaparecido hace mucho tiempo; es preciso tener en cuenta que «los sujetos humanos estamos tan sólidamente relacionados que podríamos decir que la *solidaridad es una característica básica de nuestra intersubjetividad*» (Martínez Guzmán, 2005: 38). Hoy más que nunca se hace necesaria la práctica de culturas para las paces, las cuales buscan rescatar las convivencias que nos llevaron con éxito a través de los caminos de la evolución, aquellas orientadas a gestionar nuestros conflictos mediante el mutuo diálogo sin vencedores ni vencidos.

Podemos educarnos y ser hijos de culturas para la muerte o de culturas para las paces y la vida, no podemos quedar impasibles cuando en nuestro mundo que se jacta de moderno, glorifica y legitima actos basados en el dolor y el sufrimiento, en las luchas y sed de venganza, en las guerras y todas las formas de violencias: directa, estructural y cultural; «nos olvidamos de que la base de la práctica de la paz está también en nuestro entorno y en nuestra vida cotidiana» (Fisas, 2001: 358), no equivocamos al fijar sólo nuestra esperanza en instituciones, en el estado o en otros organismos supranacionales. Muchas veces nos perdemos en la maraña de la sociedad moderna, donde «para bien o para mal, o para bien y para mal, las creaciones culturales *necesitan* gestores para no morir en la misma torre de marfil donde fueron concebidas» (Bauman, 2006: 81), es preciso salir al encuentro de esta cambiante sociedad para superar la *necesidad de gestores* de las culturas violentas, al que se refiere Bauman, por la de transformar tales prácticas a través de los caminos de la paz; desde las

culturas para hacer las paces centrar el esfuerzo para desarmar las culturas de la violencia; transformando los problemas que han secuestrado la alegría de los seres humanos y de la naturaleza, de esta manera, las *torres de marfil*, en cuanto significan dolor y sufrimiento a la postre imperfectos, se verán remecidas desde sus propios cimientos. El empeño para construir culturas para hacer las paces, pasan entonces, por «desacreditar todas aquellas conductas sociales que glorifican, idealizan o naturalizan el uso de la fuerza y la violencia, o que ensalzan el desprecio y el desinterés por los demás» (Fisas, 2001: 360). Las culturas para hacer las paces salen al encuentro de la violencia cultural y del accionar legitimador que esta violencia tiene respecto de las otras formas de violencia, negando así la posibilidad de alternativas. «La violencia cultural hace que la violencia directa y estructural aparezcan, e incluso se perciban, como cargadas de razón –o por lo menos no malas–» (Galtung, 2003: 261), es aquí precisamente donde aparece las otras formas y colores que podemos dar a nuestras acciones y relaciones humanas.

La cultura para la paz que proponemos trata de recuperar la transparencia en las relaciones humanas para deconstruir la opacidad moral y hacer explícitas las responsabilidades que tenemos cómo cultivamos las relaciones humanas. En contra de la ceguera de muchas formas de exclusión buscamos reconstruir la organización de nuestra convivencia de otras formas diferentes (Martínez Guzmán, 2001: 260).

Las culturas para hacer las paces, son culturas para la convivencia y la participación armónica, fundada en los principios de libertad, justicia, democracia, tolerancia y solidaridad; culturas que rechazan cualquier tipo de violencia, orientada a prevenir las causas de los conflictos y/o transformar los mismos, vía el diálogo y la participación empática; culturas que aseguren a

todos los seres humanos el pleno ejercicio de sus derechos y proporciona los medios necesarios para participar plenamente en el desarrollo tanto de sí mismos como dentro de la sociedad y con relación al medio que los rodea; culturas de carácter biocéntrico y holístico; en resumen, culturas que sostengan la paz.

Si estamos de acuerdo en que la paz es la transformación creativa de los conflictos, y que sus palabras-clave son, entre otras, el conocimiento, la imaginación, la compasión, el diálogo, la solidaridad, la integración, la participación y la empatía, hemos de convenir que su propósito no es otro que formar una cultura de paz, opuesto a la cultura de la violencia, que pueda desarrollar esos valores, necesidades y potencialidades (Fisas, 2001: 374).

La convivencia pacífica actual, implica considerar en el proceso a otras culturas no occidentales, ellas tienen mucho que aportar, desde su experiencia, a la construcción de un mundo no violento, además la diversidad implica riqueza en tanto convergen aportaciones desde una perspectiva global y no unilateral o exclusiva. De esta manera se conciben las culturas para hacer las paces, en tanto son abiertas y receptivas a las diversas formas y saberes para hacer las paces; saber hacer las paces es ser críticos con los saberes que se imponen como los únicos y subordinan y desprecian los otros saberes como el de las mujeres y los saberes del hemisferio sur, al ser críticos con los saberes hegemónicos se busca «desaprenderlos y reconstruir las competencias humanas para los saberes de la pluralidad y de la diversidad» (Martínez Guzmán, 2005: 39).

Teniendo en cuenta las consideraciones antes mencionadas y en consonancia con los aportes de Fisas (2001), Martínez Guzmán (2001, 2005) y Bauman (2006), podemos concretizar que las características de la actual propuesta de las culturas para las paces, son:

- recuperar valores perdidos para que los seres humanos seamos más responsables tanto a nivel personal, social y global,
- asumir la existencia, la potencialidad dinámica y creativa de los conflictos, actuando en sus raíces y no sólo en sus manifestaciones,
- deslegitimar la guerra y cualquier tipo de violencia por muy insignificante que aparente ser, desacreditando el uso de la fuerza en el tratamiento de los conflictos,
- pluralidad, que recoja los aportes de otras culturas para potenciar el diálogo y el conocimiento intercultural,
- planetaria, biocentrista y holística, sin perder la guía sagrada de la paz para evitar su caducidad, signo de la mutante sociedad moderna,
- ajenas y sin ánimo de agresión tanto real como simbólicamente,
- abiertas al diálogo, la solidaridad, la convivencia, el reconocimiento mutuo y el respeto,
- atentas al principio de sostenibilidad y cuidar el uso de los recursos limitados de la naturaleza, participativas y con capacidad de transformación, que en conjunto garanticen el discurrir armónico de la existencia en la biosfera y el universo.

BAUMAN, ZYGMUT (2006): *Vida líquida*, Barcelona, Paidós Ibérica.

FERNÁNDEZ HERRERÍA, ALFONSO (2004): «Ecología profunda, paz Gaia, paz interna, y paz social» en LÓPEZ MARTÍNEZ, MARIO (ed.): *Enciclopedia de paz y conflictos*, Granada, Universidad de Granada, 336-338, 894-898, 903-906, 919-920.

FISAS, VICENÇ (2001): *Cultura de paz y gestión de conflictos*, Barcelona, Icaria.

GALTUNG, JOHAN (2003): *Paz por medios pacíficos, Paz y conflicto, desarrollo y civilización*, Bilbao, Bakeaz-Gernika Gogoratuz.

HARRIS, MARVIN (2006): *Antropología cultural*, Madrid, Alianza Editorial.

JARES, XESÚS R. (1999): *Educación para la paz. Su teoría y práctica*, Madrid, Editorial Popular.

LÓPEZ LÓPEZ, M^a CARMEN Y ALFONSO FERNÁNDEZ HERRERÍA (1996): «La educación para la paz desde la dimensión personal», en SÁNCHEZ SÁNCHEZ, ANTONIO Y ALFONSO FERNÁNDEZ HERRERÍA (Eds.): *Dimensiones de la educación para la paz. Teorías y experiencias*, Granada, Universidad de Granada, 35-77.

MARTÍNEZ GUZMÁN, VICENT (2001): *Filosofía para hacer las paces*, Barcelona, Icaria.

----- (2005): *Podemos hacer las paces. Reflexiones éticas tras el 11-S y el 11-M*, Bilbao, Desclée De Brouver.

MOSTERÍN, JESÚS (2006): *La naturaleza humana*, Madrid, Espasa Calpe.

MUÑOZ A. FRANCISCO (2004): «Pax romana, Paz», en LÓPEZ MARTÍNEZ, MARIO (ed.): *Enciclopedia de Paz y Conflictos*, Granada, Universidad de Granada, 884-885, 885-889.

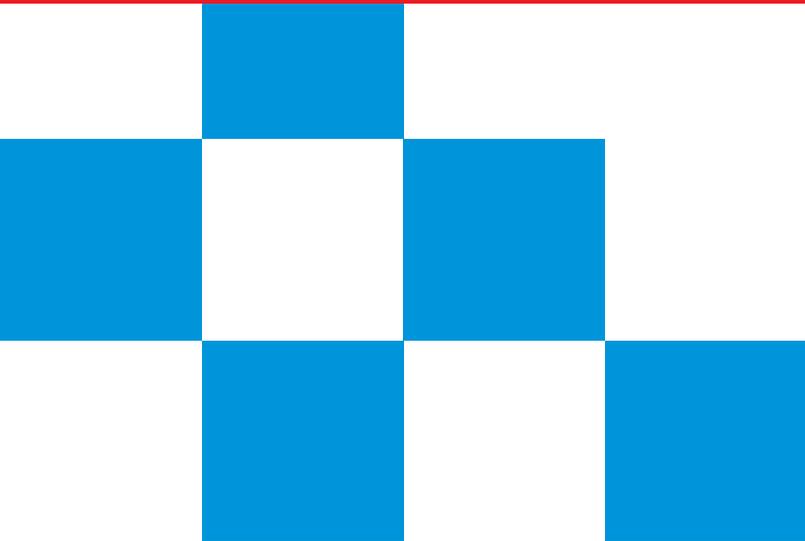
SHIVA, VANDANA (1998): *Abrazar la vida. Mujer, ecología y supervivencia*, Madrid, Horas y HORAS.

TAYLOR, CHARLES (2003): *Multiculturalismo y la “política del reconocimiento”*, Madrid, Fondo de cultura económica de España.

Conclusiones

- Vivir en paz, es una necesidad básica de los seres humanos. Todos buscamos la felicidad.
- La paz hace referencia a complejas interrelaciones para lograr estados de convivencia armónica consigo mismo, entre los seres humanos y entre éstos y la naturaleza.
- La paz es primaria y originaria que debió estar presente en las relaciones de los primeros humanos, sin embargo la cultura ha modificado este hecho. La humanidad ha modificado la convivencia pacífica introduciendo la competencia y la violencia.

No existe una cultura para la paz, sino culturas para las paces, o culturas para hacer la paces, por cuanto diversas son las maneras y formas de hacernos las paces.



Universidad Nacional de Educación
Enrique Guzmán y Valle
Alma Máter del Magisterio Nacional

